

con acento

Sin complejos

Denis Hopper

Acudo al *Coliseum* madrileño y se lo cuento. Porque me muero de ganas de compartir con los lectores esta tonificante *experiencia patria*, precisamente cuando uno pierde, con el polvo del camino, todo patriotismo. Lean y verán.

Madrid, seis de la tarde. Frío, mucho frío. Diciembre decae sus días en la postmodernidad. A teatro lleno, esperamos el retorno de la aventura antológica: esa historia de apacible lucha de clases entre un agrio profesor de fonética y una barriobajera londinense. Grandes flores ocupan el escenario luminoso tal que un estentóreo romanticismo demodé. Suena la música viva y oculta bajo el escenario. Comienza el espectáculo: el permanente milagro del *directo* en teatro/musical. Desde ese momento, *My Fair Lady* desarrollará todo su vigoroso esplendor con una perfección de montaje escenográfico apabullante, además de un cuerpo de baile en feliz estado de comunicación audiovisual. Paloma San Basilio encanta en su pluriformidad, mientras que ese siempre forzado José Sacristán ocupa su voz en soportar la de su criatura, Paloma/Eliza, a la vez que el padre sinvergonzón de la vulgar muchacha, espléndido Joan Grosal, baila hasta convertir el gesto basto en expresión convincente de la vitalidad más popular. Vence el amor, está claro. Pero, sobre todo, disfrutas, aplaudes, sonríes, casi lloras, y cuando el espectáculo concluye, estás preparado para visionar cualquier telediarío repleto de incendios, muertos, asesinatos. Lo has pasado bien, casi nada. No es que te hayas evadido: es que tus pulmones del alma han sido invadidos de aire puro. Sin mezcla alguna de contaminación. Es el musical anglosajón hecho realidad española

con la dirección de Jaime Azpilicueta y la maestría artística de José Ramón de Aguirre. Una producción española sin complejo alguno. Algo hecho aquí. En casa. Como en su momento *Chicago*, *El hombre de la Mancha*, *La Bella y la Bestia*, etc.

Y ahora llegan las preguntas pretendidas: ¿Por qué este desencajado empeño nuestro en infravalorar cuanto hacemos aquí, en casa, para favorecer, aplaudir y dignificar toda oferta foránea? ¿Por qué esa siempre renovada crueldad en no reconocer el producto conseguido aunque sea español, está claro que mediante cualquiera de las nacionalidades del estado, según añaden sin descanso los puritanos de siempre? ¿Por qué, en fin, contemplamos *My Fair Lady* en Londres o Nueva York y decimos que es una rotunda maravilla, moderna, compensada y estelar, pero cuando se trata de *nuestra adaptación* decimos, avergonzados, que resulta un tanto dulzona, recortada y falta de garra? En una pregunta que resume las anteriores: ¿por qué permanecemos anclados en un papanatismo tan vulgar? La verdad, a estas alturas, ya no encuentra respuesta aceptable. Salvo un ácido complejo de inferioridad, resuelto, está claro, con el recurso monocorde a la copla.

Por todo esto, hablaba de una *experiencia patria*. Porque, de pronto, he comprendido, en el *Coliseum* madrileño, que cuanto he visto y gozado merece el aplauso más incondicional... aunque sea un producto español. Y qué penita da el masoquismo que tantas veces nos domina, con excepción de catalanes y vascos que se quieren tanto, tanto... A imitarlos, pues. ■